

si durante la noche no ocurría novedad alguna.

Pero, sin poderlo remediar, y hasta sin saber lo que hacía, se detuvo al otro lado de la puerta con atento oído, y así permaneció algunos minutos, hasta que al fin se alejó andando de puntillas y diciendo entre dientes:

—Ya está dormida..... más aún..... está soñando..... Y ¡qué sueño tan original! le he oído decir..... claramente..... «cazador de leones..... cazador de leones.....» Vaya V. á averiguar lo que estará soñando.

Y ella misma, despierta, se entró en su cuarto, repitiendo:

—Cazador de leones..... cazador de leones.....

CAPÍTULO IV.

Ni el uno ni el otro.

Dos días despues de ocurrido lo que acabo de relatar en el capítulo anterior, la Marquesa parecía animada por ese vigor que infunden en el alma las grandes resoluciones, y decía:

—Es preciso evitar á toda costa la catástrofe que presiento; esa mujer es implacable..... el infierno ha encendido en su alma el fuego de un funesto orgullo. Ella, sin duda inspirada por Matusalem, es la que descubrió á Lanuza el secreto motivo del repentino viaje del Duque. Lanuza, añadía suspirando, tiene excitada su vanidad de hombre. La infame codicia de Matusalem, la vanidad de ese pobre muchacho, la locura de mi hermano, mi propia debilidad, y el orgullo sa-

tánico de esa terrible criolla, han puesto las cosas en un fatal camino. Tengo desgarrado mi corazón de mujer, porque, infeliz de mí, yo lo amaba y le perdono, lo que una mujer no perdona nunca: el desprecio..... pero ya no se trata de mí; se trata de él..... se trata de mi hermano, y veo levantarse sobre sus cabezas una tempestad sangrienta. ¡Dios mío! ¡Dios mío!..... ¡por qué habrá vuelto!

Hablando así, sentía las lágrimas agolparse á sus ojos; mas por un supremo esfuerzo de su voluntad las hacia retroceder, escondiéndolas en el fondo de su alma.

Por tercera vez entró Mundeta á saber si la señora quería vestirse; pero fué despedida de la misma manera que las dos anteriores, y al tiempo de salir retrocedió respetuosamente.

—¿Qué es eso? preguntó la Marquesa.

—Es, contestó la doncella, que está aquí el señor Duque.

—Yo, ni más ni menos, dijo éste entrando; yo en persona..... que invado tu cuarto sin esperar que nadie me anuncie. Pero ¿qué veo?..... ¿áun estás así? Tú estás bien de to-

das maneras..... pero, querida mía, son ya las doce y media.

—No importa, replicó la Marquesa; almorzamos solos y no pienso vestirme.

El Duque se dejó caer en un sofá y Mundeta salió del aposento.

Después de un momento de silencio, que el Duque no parecía dispuesto á interrumpir, dijo la Marquesa:

—Javier, me asombra verte tan callado.

—Te asombra; ¿y por qué?

—Porque tu lengua no suele acomodarse á estar quieta mucho tiempo.

—Y bien; ¿qué inferes de mi silencio?

—Infero todo lo contrario.

—¿Cómo es eso?

—Callas demasiado para que no sospeche que tienes algo que decirme.

—No, dijo el Duque, encogiéndose de hombros; no tengo nada que decirte, nada absolutamente.

—¿Nada, Javier? preguntó la Marquesa con dulce sonrisa.

—Sí, tienes razón; algo tenía que decirte.

—Habla, habla.

—Tengo encargo de ofrecerte los más sinceros respetos, las más cordiales simpatías y las gracias más expresivas.

—¡Hola!..... ¿De parte de quién?

—De parte de un corazón agradecido.

—¿Qué beneficio he hecho yo para merecer todas esas cosas?

—Uno.

—Supongo que tienes bastante confianza conmigo para no ocultármelo. Yo, por mi parte, te respondo de guardar el más profundo secreto.

—El sábado en la noche disipastes una tempestad que se cernía sobre algunas cabezas.

—¿Cómo fué eso, querido hermano?

—Figúrate que todo estaba dispuesto y preparado para una gran silba. La pobre *prima donna*, que empieza ahora su carrera y promete mucho, estaba—permite la frase—que no le llegaba la camisa al cuerpo, cuando tú la salvaste de un naufragio seguro, haciéndola aplaudir furiosamente. Esto dice todo el mundo; y ella, imagínate, no

sabe dónde ponerte. La noche que quieras dar un concierto, se queda la empresa sin cantantes, el teatro sin empresa y el público sin teatro. Entre bastidores todo el mundo te adora, desde el empresario hasta el último corista.

—Me alegro, contestó la Marquesa.

—¡Oh! exclamó el Duque; fué un gran triunfo..... triunfo exclusivamente tuyo, que algunas personas celebraron mordiéndose los labios, porque..... francamente, Luisa, no se puede luchar contigo.

La Marquesa se sonrió tristemente y dijo:

—Todo eso está muy bien, pero no se refiere á mí lo que yo sospecho que tú tienes que decirme.

—¿A quién, pues, se refiere? preguntó el Duque, admirado.

—Tal vez á tí.

—¡A mí!

—¿Por qué no?

—Realmente no sé..... mas si te empeñas, me inventaré alguna aventura cuya narración te entretenga.

—Vamos, Javier, dijo la Marquesa..... hablemos formalmente. ¿Cómo llevas tus asuntos con Mercedes?

—Phst.

—Eso no es contestar.

—Me sorprende, querida hermana, que me saques así, á boca de jarro, esta conversacion, que me has eludido tantas veces.

—Pues mira tú, replicó Luisa; mayor debe ser mi sorpresa al ver que tú la eludes precisamente cuando yo la provoco.

—Vamos, exclamó el Duque; ya lo he dicho ántes: no se puede luchar contigo.

—En ese caso, no luches, pero contesta. ¿Cómo va el asunto de tu matrimonio?

—Bien..... contestó el Duque friamente.

—Bien..... ó, lo que es lo mismo, mal, replicó la Marquesa.

—Ni lo uno ni lo otro, dijo el Duque..... la verdad es que las cosas están lo mismo que estaban.

Luisa movió la cabeza con ademan de triste desconfianza y añadió:

—Lo mismo ó peor.

—Tal vez.

—Quisiera yo saber qué género de interese te inspira Mercedes.

—Yo te diré, querida Luisa: el afecto, digámoslo así, que me inspira la señorita de Vegahonda tiene tres fases, tres períodos. Cuando abrí los ojos al mundo y me encontré duque por la muerte de nuestro buen padre, me la presentaron como la que habia de ser, andando el tiempo, mi mujer. Ya se ve, me acostumbé á esta idea, y la miré siempre como el término de mi vida, esto es, de mi libertad; y siendo la primera mujer con que tropezaba en el mundo, la coloqué, sin saber cómo y por qué, la coloqué la última de todas. Es preciso tener en cuenta que no pasaria ella entónces de los doce años, y es claro, como ella podia esperar, yo no tuve prisa ninguna, y ¡qué demonio! huía de ella como huye el pájaro de la jaula. Aquí tienes el primer aspecto del interese que me inspira nuestra opulenta criolla.

—Veamos el segundo, dijo la Marquesa.

—El segundo ya es otra cosa. Observé que la vida es algo cara; que mi título y mi rango me imponian la obligacion de un faus-

to á que apénas alcanzaban mis rentas; supe, ó mejor dicho, pensé formalmente en que mi futura esposa contaba con la pingüe fortuna de seis millones de renta, y francamente, me enternecí y comencé á mirarla como un buen partido. No obstante, fuí alargando ya de una manera, ya de otra, el momento crítico y solemne de caer en esa red de millones, confiado, por otra parte, en la formalidad del compromiso contraído por nuestros padres. Mi posición era magnífica: tenía en perspectiva, en perspectiva segura, una gran fortuna, y era al mismo tiempo libre para derrochar la mia. Aquí tienes el segundo aspecto.

—Vamos al tercero.

—El tercero me coloca en una situación que empieza á serme un poco difícil. La señorita de Vegahonda parece que ha salido de aquel letargo en que yacía sumergida, y del que su insoportable madre no ha despertado todavía. A la vuelta de mi último viaje á París..... ¡delicioso viaje!..... me la encontré transformada..... No era la misma. Presumí si alguno habría logrado interesar su corazón

durante mi ausencia..... pero pronto pude convencerme de que no era el amor la causa de aquel cambio que yo observaba con curiosidad. No prefería á nadie especialmente, aunque cualquiera le servía para mortificar mi amor propio. Bah, me dije, está resentida de mi anterior conducta para con ella; está celosa; y resolví desagradarla sometiendo á todos sus caprichos, sufriendo todas sus impertinencias; en fin, pasando por todo..... Mas la niña es más tenaz de lo que parece, y me impone humillaciones que no sé cómo las sufro. A todo esto, no he conseguido hacerle soltar prenda ninguna, y cada día se me muestra más encastillada en una reserva que empieza á parecerme inaccesible. Me encuentro, pues, delante de la criolla como pudiera encontrarme delante de la esfinge; es un jeroglífico, que mi amor propio está interesado en descifrar á toda costa. Aquí tienes el tercero, último y presente aspecto de las cosas.

Luisa no mostró sorpresa ninguna al oír el relato de su hermano; ántes bien parecía que lo escuchaba como si oyera cosas que de

antemano sabía. Mas, sin embargo, clavó sus pardos y hermosos ojos con triste curiosidad en el Duque y le preguntó :

— Perfectamente; pero dime, ¿qué piensas tú de semejante proceder?

— Pienso, contestó el Duque, dos cosas enteramente contrarias, sin saber á qué carta quedarme.

— Veamos eso.

— Pienso que se ha despertado en ella repentinamente el orgullo de criolla y el orgullo de millonaria, y que, resentida de mi conducta y dudosa de mi afecto, se ha propuesto obtener mi cariño á prueba de desdenes y de humillaciones. Es una venganza y una satisfaccion que se ha obstinado en proporcionarse. Al mismo tiempo, pienso que busca un rompimiento y que lo provoca, y á esto me inclinaria si hubiera una causa á que atribuir resolucion semejante.

— ¿De manera, dijo la Marquesa interrumpiendo á su hermano, que no sientes por ella ese tierno interes que hace tan amargos los desengaños y tan crueles los rompimientos?

Quedóse el Duque contemplando á su hermana con expresion de verdadero asombro, como quien duda de lo que oye; al fin prorumpió diciendo :

— ¿Me preguntas si estoy enamorado de la señorita de Vegahonda?

— Eso es precisamente; te pregunto si la amas.

— Me parece que hablas formalmente, y me obligas á usar el mismo tono al contestarte. No, querida Luisa, no amo á esa mujer. Si me apuras, te confesaré que no he amado á ninguna; mas en cuanto á ésta, te aseguro que me sería imposible amarla.

La Marquesa levantó los ojos al cielo, respirando con ánsia, y su hermano le preguntó :

— ¿Acaso lo sientes?

— No, le contestó ella.

— ¿Te alegras? volvió á preguntarle.

— Sí, le dijo con cierta vehemencia. Me alegro de que no la ames.

— ¿Por qué?

— ¿Qué sé yo?..... Es una cosa inexplicable, tal vez injusta, y sólo á tí me atreveria á

decirlo..... pero ¿qué quieres? esa mujer me parece funesta.

— No lo creas, replicó el Duque sonriéndose; no es ni eso; es pura y simplemente tonta.

— Yo, dijo la Marquesa apartando los ojos de su hermano, creo que no te estima.

— Es muy posible, y en ese caso, ya lo ves, querida Luisa, le pago en la misma moneda.

— Entónces.....

— ¿Entónces qué?

— Me parece que haréis un matrimonio poco envidiable.

— Todos los matrimonios, querida hermana, que se realizan por pura conveniencia, son poco envidiables, aunque haya mucha gente que los envidie, y el mio será uno de tantos.

— ¿Es decir, Javier, que estás decidido á casarte con Mercedes?

— Me parece, contestó el Duque, algo sorprendido por la pregunta, que esto es lo convenido por ambas familias; que éste es el compromiso en que nos encontramos; en fin, que esto es lo que tú deseas..... como el cum-

plimiento de la voluntad de nuestro buen padre. Estas mismas palabras te las he oido mil veces; eran el tema obligado de tus sermones.

— Es verdad, hermano; es verdad eso que dices; pero hoy pienso de otro modo.

— ¿Qué piensas, querida mia, qué piensas?

— Pienso, contestó la Marquesa con aire decidido, que debes romper ese compromiso, cortésmente por supuesto, pero de un modo definitivo. Déjala en libertad, porque eso sin duda es lo que quiere.

— Es tarde, es tarde. Me he sometido á muchas humillaciones para resignarme á un rompimiento que acabaria de ponerme en ridículo. Está interesado mi decoro, mi amor propio, mi nombre, y no puedo retroceder..... Además, querida mia, se trata de una renta de seis millones..... Ella no se determina á romper violentamente y sin causa admisible el compromiso contraido por su padre, y héme á mí en el mismo caso; de manera que será mi mujer. ¡Oh! sí, añadió con vehemencia, será mi mujer, y entónces verémos.....

— Por Dios, Javier, exclamó la Marquesa, sigue mi consejo.

— Es imposible, querida mía, es imposible; y me llenas de asombro al oírte hablar de esa manera. ¿Quieres hacerme el favor de explicarme qué capricho es éste?

— No es capricho; es un presentimiento, que me anuncia muchas desgracias.

— Ea, no hablemos más del asunto, porque mi resolución es irrevocable y he de jugar esta partida hasta la última carta. Ahora haz el favor de ver si almorzamos, porque me has hecho hablar tanto, que mi apetito empieza á sentirse impaciente.

La Marquesa, pálida y pensativa, visiblemente contrariada, llamó y pidió el almuerzo, que fué silencioso. Acabaron de almorzar, y el Duque, pretextando una ocupación urgente, de que no se había acordado hasta entonces, abrazó á su hermana y salió precipitadamente.

Volvió la Marquesa á su cuarto, y entró en él diciendo:

— Lo conozco bien y no cederá..... Infeliz, tiene una vanidad demasiado terca. Apelarémos al segundo recurso.

Y apretando los dientes como quien va á beber un brevaie nauseabundo, y pálida, más bien lívida, se sentó delante del escritorio y cogió la pluma, escribiendo algunos renglones con mano iracunda.

Dobló la carta, apartando los ojos del papel, como si no quisiera ver lo que había escrito, y la encerró en un sobre, poniéndole el correspondiente sobrescrito.

Hecho esto, tiró del cordón de seda que pendía del techo, y se oyó el lejano repiqueteo de una campanilla violentamente agitada, y casi inmediatamente se presentó Mundeta con aire desfavorido.

Luisa arrojó con desprecio sobre la mesa la carta que tenía en la mano, y dijo á su doncella:

— Que la lleven á su destino inmediatamente.

Mundeta salió tan de prisa como había entrado.

Apénas desapareció la doncella, Luisa se desplomó sobre una butaca con el desfallecimiento del que acaba de hacer un esfuerzo supremo.

Allí se abismó en profundas reflexiones, revelándose en su semblante y en sus movimientos las agitaciones interiores de su espíritu.

Así pasó una hora, al cabo de la que se levantó, compuso su semblante en el espejo y arregló sus hermosos rizos, algo descompuestos, y como si su propia imagen le infundiera ánimo, pareció más tranquila.

Dió algunas vueltas por la habitacion, pisando apénas sus menudos piés los dibujos aterciopelados de la alfombra que cubria el pavimento, y dejando ver la armoniosa cadencia que formaban las ondulaciones de su gallardo talle, que seguia los movimientos de sus pasos con esa gracia con que sólo saben andar las españolas.

Volvió á sentarse y volvió á meditar.... aplicando atentamente el oído al menor rumor que oia; pero, por lo visto, no era el ruido que esperaba ó que temia, porque era imposible distinguir bien si se hallaba poseida de un gran temor ó de una gran esperanza.

Contestándose á alguna duda que le suge-

ria su propio pensamiento, exclamó distintamente:

—Verémos, verémos.

Al fin oyó pasos precipitados, que ahogándose en la alfombra se acercaban á su habitacion, y clavó los ojos en la puerta. Muredeta apareció en ella y Luisa le dijo:

—Que pase, que pase.

—La doncella desapareció rápidamente, y la Marquesa, irguiéndose como el luchador que se prepara á recibir á su enemigo, esperó algunos instantes con la frente alta y los ojos serenos, pudiéndose contar, sin embargo, los tumultuosos latidos de su corazón al traves de los pliegues de la bata que cubrian su pecho.

Alzóse la cortina suavemente, y penetró en la estancia, con la cautela de una serpiente, la cabeza de Matusalem.

—Adelante, caballero, dijo la Marquesa sin moverse de su asiento.

Matusalem entró diciendo:

—Acabo de recibir su carta; en ella me indica que necesita verme, y me he apresurado á venir, ansioso de complacerla; estoy;